

STORM, Theodor: *Aquis submersus y otras novelas cortas*. Introducción de Miguel Vedda. Traducción de Alfredo Bauer y Carola Pivetta. Buenos Aires: Gorla 2011. 161 pp.

Las tres novelas cortas que componen esta compilación pertenecen al periodo tardío de la obra de Theodor Storm (1817-1888), marcado por un abandono (sobre todo a partir de 1856) de la “propensión a lo lírico” (5) que marca sus primeras producciones. *Afuera, en la aldea del brezal* (1872), *Aquis submersus* (1876) y *En la cervecería* (1879) son textos en los que, si bien aparecen elementos propios de la literatura fantástica (leyendas, maleficios, fantasmas, etc.), se verifica, en efecto, un estilo “objetivista” (5) próximo al *realismo*. La introducción, a cargo de Miguel Vedda, no sólo pone en relación estos textos con la producción global del autor, sino que propone un somero y lúcido análisis de cada uno de ellos. Incluye, asimismo, bibliografía ampliatoria, tanto en castellano como en alemán, así como una *tabla cronológica* de la vida de Storm. El segundo relato ha sido traducido por Alfredo Bauer; los otros dos, por Carola Pivetta. En los tres se proporcionan numerosas notas aclaratorias que le posibilitan al lector de habla castellana un entendimiento más cabal de las historias y de la terminología empleada por el escritor alemán.

En *Afuera, en la aldea del brezal* el narrador homodiegético en primera persona, regidor de la región, narra la historia de Hinrich Fehse desde su casamiento no deseado con Ann-Marieken –la avejentada hija de un “pudiente arrendatario” de la aldea de Hinrich (39)– hasta su suicidio en el pantano (en un sitio al que llaman la *laguna negra*) junto al brezal. El ex sacristán de la aldea obliga prácticamente (41) al joven a unirse a esta mujer con vistas a salvarlo de la ruina económica, pero sobre todo para alejarlo de la misteriosa y hermosa Margarethe Glansky, la hija de la partera de la aldea y nieta de “un eslovaco del Danubio” (40), esto es, una extranjera. Distintos personajes del pueblo y la ciudad le hacen saber al regidor de la pasión desenfrenada que el joven Fehse siente y ha sentido siempre por esta muchacha. El relato enmarcado de la esposa del sacristán es significativo en este sentido (46-48). Un día le llega al narrador la noticia de que Hinrich Fehse ha desaparecido. El regidor deviene entonces detective (44). En la casa del Fehse, le toma declaración a Margarethe, así como a la madre y a la mujer de Hinrich. Es muy interesante el manejo que Storm hace de las perspectivas: las mujeres relatan lo sucedido la noche de la desaparición de Fehse desde ángulos antagónicos. Margarethe cuenta lo que vio cuando, esa noche tempestuosa, se asomó por los postigos de la ventana de la casa, y la madre de Fehse asegura que, desde dentro de esta, ha visto en la ventana, no a una mujer, sino “los dientes blancos y afilados” de un animal salvaje (60). Como señala Vedda en la introducción, es notorio que Storm hace dos usos de recursos propios de lo fantástico en esta narración (10). En esta línea, no es sencillo comprender el verdadero significado del pensamiento que tiene el narrador tras el relato de la madre de Fehse: el regidor entiende, aparentemente, que la muchacha “le ha sorbido el alma” (61) a su hijo, tal como el “espectro blanco” cuya leyenda eslovaca evoca al atravesar el brezal (44). La oposición

entre Hinrich Fehse y Hans Ottsen constituye otro aspecto de interés en esta *Novelle*. La afinidad ideológica entre este último y el sacristán revela que, desde la perspectiva del autor implícito, el joven muerto es una figura más auténtica y, por eso mismo, superior en un sentido ético.

El hallazgo, por parte del narrador del marco, de los manuscritos de Johannes, un pintor que ha vivido en la región durante la segunda mitad del siglo XVII, constituye el punto de partida de *Aquis submersus*. El relato enmarcado, esto es, los escritos del artista, narra la historia desgraciada de su relación de amor con Katharina, la hija del señor Gerhardus, un aristócrata de buen corazón. Tras su muerte, su hijo, el malvado hidalgo Wulf, acompañado siempre de “sus dos mastines sanguinarios” (79), se convierte en un peligro para la vida del pintor burgués que ama a la noble Katharina, hermana de Wulf. Obligada a casarse con el despreciable Kurt von der Risch, ella le confiesa su amor a Johannes (92). Las restricciones que la estructura social impone a la libertad individual se convierten así en el motor de la acción. La dinámica trama, que incluye luchas y persecuciones cinematográficas *avant la lettre* (95-100), tiene un clímax en la irrupción del artista en la alcoba de la digna Katharina y en la unión sexual entre ambos –“Los brazos jóvenes, sin decir nada, me atrajeron hasta la boca, y no me fui” (102)–, en la que puede leerse la fugaz posibilidad revolucionaria y utópica de una nueva sociedad (16). El fracaso de esta utopía ante la nefasta alianza entre poder nobiliario e Iglesia (simbolizada en la desdicha de la doncella, que pasa de las manos de Wulf a las de un predicador fanático) queda de manifiesto en el segundo encuentro íntimo entre los amantes, muchos años después, que acarrea una desgracia irrevocable y explica el título del relato (127 y s.).

El relato *En la cervecería*, finalmente, está compuesto por un marco –con un narrador homodiegético en primera persona del que sólo sabemos que es juez de instrucción (137)– y un relato enmarcado narrado por Juliane –la hostelera, “una cincuentona de talante jovial” (133)– a “un círculo íntimo”, “en una distinguida casa burguesa”, dentro del cual se halla el narrador del marco. El relato de la hostelera narra la quiebra de la apreciada cervecería artesanal que su padre, Josias Christian Ohrtmann, había heredado de los abuelos. Lorenz, el viejo y fiel criado –más allá de la sospecha difamadora que sobre él arroja el viejo vecino Ivers (142)–, representa la continuidad de valores entre la generación de los abuelos y la de los padres. Como sugiere Vedda, todos estos –padres, abuelos y Lorenz– encarnan los valores éticos del antiguo *Bürger* (22), en trance de desaparecer ante el avance del capitalismo. El *Bourgeois*, el nuevo burgués ávido de ganancias, está representado por el rico panadero que establece una nueva cervecería en el mismo pueblo (su “tejado rojo” constituye un objeto simbólico importante) (135). Este es el primer síntoma que señala hacia la ulterior bancarrota del negocio familiar (aunque se podría pensar en un hecho anterior: sabemos que el señor Ohrtmann se había hecho cargo de la cervecería de sus padres “con fuertes deudas”, a causa de que “el patrimonio de los abuelos se había dividido en muchas partes” [139]). Tiene lugar entonces una serie de acontecimientos interrelacionados: las autoridades ajustician a un tal Peter Liekdoorn, un hombre huérfano que ha asesinado a su tía

de noventa años (135); *alguien* (nunca se nos dice quién) le roba el dedo pulgar a su cuerpo sin vida (138); sorprendentemente, la familia Ohrtmann se queda sin clientela de un día para el otro (140 y s.); los clientes de años, como el pudiente campesino Marx Sievers, comienzan a frecuentar la cervecería del panadero (145). Se revela, más tarde, la causa de este cambio de suerte: los Sievers han encontrado un dedo pulgar en un tonel de cerveza comprado a Josias, aparentemente el del asesinato ultimado, lo cual es interpretado por la gente como un hecho intencional de parte de los Ohrtmann, en virtud de la difundida superstición según la cual “quien entierra [un dedo pulgar] bajo su umbral, verá afluir la clientela a su casa” (139). Si bien la *razón ilustrada* (encarnada en el alcalde y el viejo farmacéutico Hennings) demuestra, finalmente, que no se trataba de un dedo en absoluto, sino simplemente de “una masa endurecida de levadura” (150), ya es tarde, la leyenda se ha propagado por toda la región. ¿Debemos suponer, como hace Lorenz (144) que el panadero y el viejo Sievers han querido difamar premeditadamente a los Ohrtmann? Lo cierto es que la familia cae en la pobreza y el viejo criado enloquece (155). La injusticia es redimida por la generación posterior, la de la hostelera: su hermano Christian se convierte en el “segundo fabricante de cerveza” de la comarca (158), aunque al precio de una modernización de la producción que ya nada tiene que ver con la *artesanía* de abuelos y padres, y en la que el viejo Lorenz, presa de la “estupidez beinaventurada”, ya no tiene función alguna (159).

Martín KOVAL

WOLFF, Kurt: *Autores, libros, aventuras. Observaciones y recuerdos de un editor, seguidos de la correspondencia del autor con Franz Kafka*. Traducción de Isabel García Adánez. Barcelona: Acantilado 2010. 204 pp.

Libro esencialmente para bibliófilos, o en todo caso para especialistas en el mercado editorial, el compilado *Autores, libros, aventuras* de Kurt Wolff es en última instancia un volumen *sui generis* e inclasificable: una miscelánea de anécdotas, memorias y misivas en torno a la figura de un sedicente paladín de la edición alemana y norteamericana. Se sabe que por muy idiosincrásico y emprendedor que pueda haber sido, un editor –aun en su doble rol de *editor* y de *publisher*, como en este caso– rara vez ha trascendido el estrecho límite de “eminencia gris” de la cultura moderna; sus decisiones empresariales afectan sin duda a la cultura, pero esto suele ser reconocido por economistas y sociólogos antes que por lectores y literatos. La *personalidad* de Kurt Wolff, tan pagada de sí misma, e incluso rayana en la vanidad (¡su editorial llevaba su nombre y el emblema era la loba romana amamantando a los hermanos con las iniciales “KW” por debajo!), lo llevó en cambio a adquirir contornos de protagonista del mundillo literario de su tiempo, aun en dos ámbitos tan diversos como la Alemania de Entreguerra y la Norteamérica posbélica. Y esta selección de textos propios y ajenos, tan bellamente editada (como corresponde aquí más que nunca), ofrece algunas claves para desentrañar el